





EL PODER CAUTIVADOR  
DE LA PALABRA



Participantes del IV Taller Literario

EL PODER  
CAUTIVADOR  
DE LA PALABRA

*El poder cautivador de la palabra*  
Participantes del IV Taller Literario

1ª edición: enero de 2009

Diseño y maquetación:  
TsEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.  
E-mail: [tsedi@tsedi.com](mailto:tsedi@tsedi.com)  
web: <http://www.tsedi.com>  
Tel. 914891075

Reservados todos los derechos para la presente edición

*Printed in Spain*  
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del autor.

Nidia miraba incrédula el Océano Atlántico. De todos sus viajes, aquel prometía ser el más absurdo y también el más lejano. No acertaba a descubrir en qué momento Carlos la había convencido para volar a Nueva York al encuentro con el Papa. Junto a ellos, seis extrañas parroquianas daban a la excursión el fervor del que ella carecía. Se esforzaba, sin éxito, en sentir interés por Benedicto XVI y no perdía la esperanza de que al aterrizar en Newark, la paloma del Espíritu Santo bajara a iluminarla. El viaje, subvencionado por la parroquia, había llegado como un regalo del cielo a su precaria economía y rechazarlo hubiera sido un desprecio para Carlos. ¿O era esa la disculpa para decir que sí? Carlos tenía la extraña capacidad de nublarle el entendimiento y últimamente hasta sentía palpitaciones cuando le hablaba. Era muy convincente y ella se dejaba convencer con alegría, al menos por él.

Las visitas de Nidia a la iglesia eran exiguas y espaciadas, pero si se trataba de ver a Carlos todo era diferente. Discurría entonces por jornadas invadidas de misas de tarde, viejecitas

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

con rosarios, funerales y celebraciones dominicales. Los eventos eucarísticos del mes se concentraban en pocos días y las gentes de la parroquia la invitaban a sus fiestas como una parroquiana más. En uno de estos festejos había conocido a Aurora, una viuda catequista de sesenta y pico, muy dicharachera que iba sentada junto a ella. Estaba desvelándole el secreto de los merengues con chocolate mientras Nidia, algo distraída, observaba cómo Carlos intentaba convencer a Paula de que el avión no se precipitaría al océano.

Paula abría y cerraba los ojos compulsivamente dando la impresión de que le fuera a dar un ataque de algo serio. Quedaba claro que ver sólo mar y nubes no la tranquilizaba y todos empezaban a notar cierto cosquilleo de vértigo en el estómago. Emilia y Lourdes, las mayores del grupo, se mostraban templadas aunque no les hacía ninguna gracia perder la vida en ejercicios de caída libre.

—Es que esta chica es muy nerviosa —comentaba Aurora en bajo a Nidia— Cada poco tiempo sufre una depresión. Ya le decía yo que no viniera sin su marido, pero él trabaja tanto que es imposible llevarlo de viaje.

Nidia recordó que ella también había dejado a Nelson enjaulado en la contraseña del correo electrónico, claro que eso

no podía contárselo a Aurora, ni a Carlos, ni a nadie de los allí presentes, así que mejor se callaba. La última vez que entró en el correo le dijo a Nelson: “... en los próximos días no tendré ordenador, así que no podré escribirte. Besitos.” Cuando le había comentado lo del viaje, Nelson sugirió que podían encontrarse en Nueva York, pero un compromiso ineludible lo había impedido. Después de tres años de comunicación virtual todavía no se han visto nunca y no sabe mucho de él, pero escribir la equilibra y le impide hacer más locuras de las que haría en condiciones normales. No sabe muy bien el motivo, pero cuando Nelson dijo que no podría ir a verla, sintió un gran alivio. Quizás no quiere que Carlos y él se encuentren o quizás no desea ninguna interrupción en el fin de semana que va a dedicar a Carlos.

“Nidia, olvídalo, Carlos es un cura y tú no quieres tener nada que ver con un cura ¿verdad? No es para ti, no es para nadie”. Todos los días intenta convencerse de que Carlos es su amigo y es bueno que lo sea porque su amistad la tranquiliza, pero su ángel malo no deja de repetirle: “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, porque si lo disfrutas hoy, puedes repetirlo mañana”. Se siente mal con estos pensamientos tan impuros ¿podrá confesarle a Carlos su pecado? Él siempre ve todo más nítido aunque a veces lo encuentra algo confuso, pero seguramente es por exceso de trabajo. Le gustaría contarle

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L. que se escribe con Nelson, pero Carlos cambia de tema cuando le habla de otros hombres, como si ella fuera un ser virginal y asexual. Qué raros son los curas, concluye.

Fátima y Laura jugaban a las cartas. Habían subido al avión con la baraja a pesar de los pronósticos de Carlos de que las iban a detener por intentar degollar pasajeros. No era fácil imaginar a Fátima implicada en terrorismo internacional con su audífono delatador que emitía pitidos agudos en los momentos más inoportunos. No era la primera vez que el aparato descontrolado se dejaba sentir en medio de la misa provocando miradas extrañadas a los asistentes, mientras Fátima seguía la celebración sin inmutarse porque nada oía.

Cuando Nidia tuvo noticias del viaje a Nueva York creyó que en la parroquia se habían vuelto locos ¿tanto movimiento para tan poco tiempo? Pero Carlos, que tenía respuesta para todo, se sacó de la manga los husos horarios y hasta la vuelta al mundo en ochenta días, así que viajando a Nueva York se ahorran unas cuantas horas y el fin de semana era más largo. En definitiva, saliendo a las 11,35h de España y tras ocho horas y media de vuelo, llegarían a Nueva York a las 14,10h apenas dos horas y media más tarde. Haciendo caso omiso del cansancio y el jetlag tenían todo el fin de semana por delante. Nidia pensó que sus veintiséis años podían soportarlo, pero

se quedó catatónica cuando Carlos le contó que las feligresas más ancianas se habían apuntado con entusiasmo para ver al Papa Ratzinger. Estuvo dudando porque después de tanto tiempo de demandante de empleo, por fin estaba pendiente de un trabajo más o menos fijo. Había estado un mes a prueba con una jefa, Samantha, que estrenaba modelos para ponerse delante de un teléfono, pero era lo mejor que había podido encontrar y necesitaba adquirir experiencia. Era improbable que Samantha la requiriera justo ese fin de semana, así que llamó a Carlos y, presa de una taquicardia incomprensible, le dijo que iría con él.



Dalcia S.A. era una enorme factoría en medio de una pradera. Su cuidado césped emergía como por ensueño de la naturaleza y trabajar allí parecía más un privilegio que una obligación.

Samantha paseaba la mirada por el verde recién cortado y no podía disimular un cierto orgullo, como si todo aquello fuera de su propiedad. Se había puesto un conjunto de chaqueta y pantalón con aire deportivo aunque le había costado encontrarlo de su talla. Estaba harta de que no hubiera ropa juvenil para gorditas y esto era lo más sport que había probado. Por supuesto no estaba dispuesta a ir de chándal. Con chándal parezco una vaca. Le costó mucho apuntarse al curso de rafting, pero su jefe le dijo que como coordinadora de grupo no podía faltar. Renato era un jefe cercano y maravilloso, pero no hubiera podido contarle sus horribles sueños de los últimos días: verse en medio del grupo en bañador, que alguien le preguntara su talla para el traje de neopreno. Lo siento, no tenemos esa talla. O aún peor, que le dieran un traje y no consiguie-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

ra introducirse en él. Además tuvo que convencer a su madre para que se quedara con Titín. Con cinco años, su niño ya no le daría mucho trabajo, pero su madre era experta en chantaje emocional y le cobraría el favor, lo sabía. Cuando le enseñó el conjunto que se había comprado tuvo que oírlo, como siempre: ¿Vas a ir así? ¿Te has visto en el espejo? Para su progenitora hubiera sido más adecuado un traje de chaqueta que le disimulara los kilos aunque los veía con cualquier vestimenta. En realidad, por mucho que se esforzara en adelgazar, Samantha siempre sería la hija gorda que no quiso tener y aprovechaba cualquier momento para recordárselo. Era una causa perdida.

La invitación de Renato para llevarla en su coche al curso la acabó de decidir, eso y la ausencia de protesta de Juan. Juan nunca protestaba, mejor así. No soportaría estar casada con un hombre demasiado mandón. No había sido muy difícil convencerlo. Llevaba toda la semana trabajando en el curso de excelencia telefónica y estaba agotada. Le dijo que necesitaba relajarse y un poco de deporte le vendría bien aunque siempre tenía en su contra el maldito cigarro que no era capaz de abandonar.

Al principio creyó que no podría organizar la formación para teleoperadoras, pero resultó más fácil de lo que esperaba. Nidia, una de sus empleadas, había hecho algo parecido el

año pasado y se había ofrecido a dejarle sus apuntes. Sólo les echaré un vistazo, le aseguré, pero en cuanto lo tuvo en sus manos, supo que aquello era un milagro y tenía que aprovecharlo. Además Nidia sólo había hecho una sustitución y no sabía si la volvería a llamar. Sin duda estaba muy preparada, así que no le vendría mal esperar tranquilamente a que necesitara sus servicios. Renato había manifestado enseguida su intención de contratarla de forma estable, pero ella había influido para que fuera un mes a prueba con la excusa de que así se iría adaptando a las necesidades del puesto. Nunca olvidaría aquella entrevista: las ansias de Renato por contratar a Nidia y sus ojos desnudándola habían contrariado tanto a Samantha que apenas pudo controlar los nervios. En la media hora que duró la conversación notó aquel sarpullido que le salía en la cara cuando algo la desquiciaba. Afortunadamente, había podido frenar los primeros impulsos de su jefe y ahora Nidia estaba en lista de espera para el curso de excelencia. No deja de ser gracioso que le vaya a dar un curso con sus propios apuntes, pensó mientras miraba el reloj. No tenía remordimientos ¿por qué habría de tenerlos? Si Nidia quería un puesto estable era lógico que invirtiera en ello y colaborar con ella era una forma de hacerlo, la mejor forma de hacerlo.

Renato se estaba retrasando. Hacía veinte minutos que estaba delante de la empresa y no se le veía por ninguna parte.

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

Espero que no se haya arrepentido. Recordó la conversación con su madre, había intentado convencerla para que no se fuera. El niño te necesita y yo ya estoy mayor para hacer de niñera. Mamá, sólo serán dos días, Titín no te causará ningún problema. Durante la semana tienes trabajo y no me importa hacerme cargo de él, pero el fin de semana es asunto tuyo. Y además creo que tienes un marido. Aunque pareciera lo contrario, la relación suegra –yerno era perfecta, pero el placer de torturar a Samantha la superaba. Juan hacía todo tipo de arreglos en su casa sin protestar, era el yerno ideal y cada vez protestaba menos porque la suegra siempre tenía en los labios la frase adecuada: yo me encargo de vuestro hijo, pero ¿Quién se encarga de mí? Samantha la disculpaba diciendo que la viudedad temprana no le había sentado bien y Juan la disculpaba y callaba porque era un hombre de paz y ya bastantes problemas le daba su propia madre como para preocuparse de su suegra.

Renato no llegaba. Aprovechó para llamar a Titín que acababa de venir de la escuela. El niño está bien, no te preocupes. La abuela estaba encantada con él, pero siempre acababa pidiendo una recompensa: una paellera eléctrica, un vestido, un collar, pagar la cuenta de los pintores que renovaron el salón: es que el niño lo mancha mucho, le explicó. Pero lo peor de todo era su candidatura eterna a que se trasladaran a vivir con ella. Tras años de psicólogo no habían conseguido que se acos-

tumbrara a dormir sola en aquella inmensa casa y una semana tras otra volvía a cantar la maravilla de vivir todos juntos y a insistir en que les dejaría el piso de arriba para ellos y todos serían felices. Este punto era uno de los que Juan no aceptaba y aunque no decía nada a doña Rosa, su suegra, sí le había dejado claro a Samantha que jamás vivirían bajo el mismo techo que su madre. No tenía que insistir, ambos coincidían en este particular. Juan y ella estaban de acuerdo en lo esencial, administrativamente se podía decir que eran una comunidad de bienes, pero palabras como pasión y sexo no encajaban en su convivencia diaria. Él llegaba tarde de trabajar o de tomar un vino con los amigos y cuando se tumbaban en la cama ya estaban vencidos por el sueño. El sexo que había era escaso y rápido con el agravante de que Juan no toleraba el humo y tras un breve coito Samantha tenía que irse a la sala a fumar. A veces tenía la sensación de que la única función de Juan había sido copular con ella para engendrar a Titín. Lástima no haberlo devorado después de la fecundación como la viuda negra de aquel documental, pensaba a veces.

Se estaba poniendo nerviosa, ya había dado cincuenta vueltas delante de la verja de la empresa, el guarda de seguridad la había mirado y la había saludado al principio, pero ahora simplemente tenía curiosidad por saber qué hacía allí. Empezaba a sentir vergüenza ¿Qué pensaría el guarda al verla

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

salir con Renato? O peor ¿Qué pensaría si se daba cuenta de que le habían dado plantón? Quizás no había sido tan buena idea venir. En casa la esperaba su marido, si se iba ahora podría poner la excusa de una indisposición repentina y volvería al hogar de donde no tenía que haber salido. Empezó a caminar hacia el aparcamiento intentando evitar al guarda cuando oyó un claxon a sus espaldas. El Mercedes Clase C de Renato estaba justo detrás. Se sonrojó y hasta se le humedecieron los ojos de emoción mientras el corazón le golpeaba la garganta, el pecho, el cuerpo todo. Él dijo: ¿Llevas mucho tiempo esperando? Y ella: No, no, acabo de llegar.

“Distinguidos miembros del presidium, señores secretarios, señoras y señores, amigas y amigos todos de Isla Mujeres: Me da mucho gusto estar aquí en este bello rincón de México y me alegra que hayamos podido celebrar el día de hoy el Día de la Marina.

...Simplemente les comparto, amigas y amigos, que estoy convencido de que el objetivo, la misión, la tarea de todo Gobierno y de mi Gobierno, en particular, es que todos podamos vivir mejor...”

El Malecón Oriente de isla Mujeres se inauguraría en junio tras los efectos devastadores de los huracanes Wilma, Emily y Dean. Para entonces, el discurso del Presidente tenía que estar acabado, corregido e impreso, así que mejor sería apurarse. El avión era un buen lugar para escribir. Ser negro del Presidente no siempre resultaba un negocio lucrativo, pero Nelson nunca decía a nada que no porque algo de dinero extraño le venía mal. El Secretario de Estado era el encargado de su-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

pervisar las alocuciones del Jefe del Estado, pero él, como asesor del Secretario acababa siendo el que se peleaba con el papel para que el primer mandatario dijera las palabras oportunas en cada momento. No se quejaba, podía permitirse caprichos que jamás hubiera soñado de niño.

Ahora mismo iba rumbo a Barcelona para pasar el fin de semana. Sus padres jamás hubieran soñado que iba a cruzar el océano con tanta frecuencia y a veces creían que su hijo había perdido el juicio o que la práctica de la política lo había trastornado. La gente que viaja a Europa acaba quedándose allá, le decía su madre a menudo. ¿Tienes una novia española? No mamá, cuando tenga una novia serás la primera en saberlo. Su madre no se fiaba de las extranjeras, por su restaurante pasaban mujeres de muchos países, pero ninguna le gustaba para su hijo.

Las nubes cambiaron de tonalidad, se hicieron casi imperceptibles, el cielo oscurecía y los pensamientos de Nelson volvieron a viajar. Recordó a Nidia, ¿cómo se conocieron? Seguramente en un foro de discusión sobre el matrimonio gay, en México. “Eso es impensable aún”, decía Nelson. Nidia no podía comprenderlo, en Europa las cosas eran muy diferentes. Nidia sintió curiosidad por saber si Nelson era homosexual, lo invitó a continuar en privado las conversaciones y comenzaron

una amistad virtual que llegó a estrechar lazos tan fuertes y firmes que, por instantes, Nelson dudaba de sus sentimientos por ella. Tenía deseos de verla, abrazarla y a veces, en su imaginación, llegaban a tórridos encuentros sexuales. ¿Cómo era posible confundirse así? Pensó en sus padres. Ellos no sabían que se escribía con Nidia desde hacía tres años y tampoco podía decirles que nunca la había visto en persona porque en Janitzio, su isla, la gente no se conocía a través de internet y menos en su familia en la que esa palabra sonaba a invento raro que traía Nelson de la capital. Su padre y su madre no se habían repuesto nunca de su traslado a Ciudad de México, pero ese dolor se mezclaba con el orgullo de que hubiera progresado en la vida y tuviera un puesto de influencia.

Nidia va hoy a Nueva York y yo me escapo a Barcelona. La sensación de que no llegarán a conocerse se asienta cada vez más en su cabeza. Ella es importante, pero Richard también lo es. Si Richard no estuviera tan bajo de ánimo habría ido a encontrarse con Nidia. Ella llegó primero a su vida aunque fuera a través de un chat. No tiene tiempo para una novia al estilo clásico. ¿Y para un novio? Su madre cree que tiene chica en España. Si supiera que su chica es chico se llevaría un serio disgusto.

Nelson era moreno, bajo de estatura, con rasgos angulosos heredados de sus padres nativos mexicanos. Sonreía agra-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

decido por la oportunidad única que le daba el partido para viajar a buscar fondos en la madre patria justo en el momento en el que la actitud de Richard le preocupaba. La relación de ambos nació medio en broma, medio en serio. Se lo presentaron en Barcelona en un bar gay. Nelson no solía frecuentar este tipo de bares, pero a miles de kilómetros de casa todo era posible y con unas copas encima todavía más.

Era la primera vez que tenía una relación homosexual y después de aquella noche creyó que todo quedaría en una experiencia loca mezclada con alcohol. Sin embargo, Richard lo acompañó por Barcelona durante el resto de su estancia y hasta lo convenció para que comprara un equipo de radioaficionado con la idea de que pudieran hablar a diario.

Todo parecía perfecto, lo único extraño era que Richard tenía el sexo equivocado y eso le causaría más de un quebradero de cabeza. La pasión de la primera semana les llevó a pensar que podrían asentarse juntos en Barcelona y hasta casarse, pero ya en la distancia y con la serenidad que da el tiempo, las cosas cambiaron. La madre de Richard vivía en Barcelona, sin embargo, Nelson no la conocía porque Richard no deseaba presentársela. Quizás fuera demasiado pronto. No se lo reprochó, pero una vez en casa, él tampoco contó a Nidia la semana loca que había pasado. Jamás se lo dijo, ni siquiera este fin de sema-

na en que, teniendo la oportunidad de conocerla, había optado por irse a “resolver un asunto de trabajo que le había surgido”. Tarde o temprano Nidia y Richard tendrían que saber uno del otro, pero no encontraba el momento para plantearse temas tan complicados y ambos estaban tan lejos que la solución del problema quedaba siempre postergada para el día siguiente. ¿La solución? ¿Qué solución podía encontrar? Cuando Richard fue a México a visitarlo lo llevó a Janitzio, lo presentó a sus padres, a su hermano Omar, a su hermana Estrella, fueron a buscar al lago el pez blanco de Pátzcuaro con su piragua de alas gigantes. Salieron a pescar en una noche de luna para ofrecer la pesca a Nana Kutzi, la Luna, y a Tata Juriata, el Sol, como mandaba la tradición. Y aún sabiendo que el pez blanco, papákata, está en extinción, se lo dio a probar envuelto en chayote con cebollas y cilantros, según la receta que su madre había hecho toda la vida. Le dio tamal de zarzamoras y sopa de chocolate, lo paseó por la isla y por todo el lago. No lo había presentado como novio, pero le había dado más amor que a cualquier novia que hubiera tenido. Como contrapartida, en su siguiente viaje a España se encontró con un Richard reticente a presentarlo a su madre viuda que vivía pendiente de él y hasta a sus amigos. No tenía claro hacia dónde iba su relación, sabía que se querían, pero ¿Qué podría hacer él en España? ¿Qué futuro tendrían en México? ¿Era Nidia la mujer de su vida? ¿Por qué no tenía prisa por conocerla?



—**E**s importante que no os separéis de mí. Hemos aterrizado en la Terminal C del aeropuerto de Newark en Nueva Jersey. El AirTrain nos llevará hasta el autobús. Es un monorraíl, pero no os preocupéis, no se caerá. Tomad los billetes de autobús, pero repito: No nos separaremos.

Carlos sabía que debía insistir hasta la saciedad porque no quería verse buscando ancianas por Newark adelante. “¿Tú crees que nos perderemos?” le decía Nidia. “Tú no, pero ellas... yo bien sé a quien tengo”, respondía Carlos sin quitar ojo a sus feligresas que habían parado de hacer fotos desde antes de pisar tierra estadounidense: “¡Mira, el aeropuerto parece una seta!” “¡Don Carlos, mire, parece obra de extraterrestres!” Desde el cielo una serie de pistas de aterrizaje redondas hacían las maravillas de la grey y Carlos no dejaba de admirarse del entusiasmo de sus jóvenes viejecitas. Estaba contento con ellas, sin embargo, había requerido la compañía de Nidia para controlarlas porque a veces se sentía desbordado por sus ocurrencias. Las “chicas” y ella se habían acomodado en el auto-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

bús y Carlos no cabía en sí de la alegría al ver que sus planes se estaban llevando a cabo tan satisfactoriamente. Habían llegado todas sanas y salvas pese a los negros pronósticos augurados por la edad y los achaques. Había sido una gran idea decir a Nidia que su presencia era imprescindible, de lo contrario quizás no se hubiera animado a acompañarlos, por la diferencia de edad y por el motivo de la excursión. Carlos sabía que Nidia, en el fondo, era creyente aunque no lo manifestaba a menudo y su espiritualidad no se amoldaba a las creencias convencionales, pero cuando hablaban, ambos sabían que había algo en común que los unía y eso podía llamarse Dios o podía llamarse... Le había costado mucho organizar el viaje porque primero se apuntó mucha gente y después se fueron borrando por motivos varios por lo que se había quedado con el exiguo grupo actual. Otro se hubiera deprimido, pero Carlos era optimista por naturaleza y sabía que aquellas memorables damas le harían ganar el cielo. Llevaba un año organizándolo todo. A partir de que Roma hubo confirmado las fechas del viaje de Su Santidad a Nueva York, él contactó con la agencia habitual de la parroquia para peregrinaciones solicitando una previsión de quince plazas. A partir de este punto fue negociando diferentes aspectos hasta conseguir una reducción cuantitativa como fue no ir a hotel y sí a la casa donde se alojarían. Aún así el precio fue superior al previsto por lo que siete parroquianos habían desistido. Después su lucha fue convencer a Nidia para que les acompañara. Aunque

en un principio ésta se negó, tiempo más tarde maduró la idea y decidió unirse a ellos. Carlos creía que éste viaje le podía hacer mucho bien y para él suponía un encuentro con alguien a quien últimamente parecía necesitar más de la cuenta.

Habían sobrevivido al AirTrain con raíles que iban por las alturas y ahora iban en un autobús hasta River Avenue en el Bronx. Se alojarían en una casa que les había cedido su amigo Manuel, párroco del Bronx desde hacía muchos años. No era la casa parroquial sino una que habían cedido unos antiguos feligreses hacía ya años. “Qué curiosa es la vida” pensaba Carlos mientras veía pasar kilómetros de edificios. No era la primera vez que iba a estar en aquella casa y no porque se dedicara a visitar a su amigo cura, sino porque aquel inmueble había pertenecido a los padres de su amigo Renato Cabral. Renato era natural de Nueva York y había vivido en River Avenue hasta que sus padres habían dado por finalizada su larga vida de emigrantes y habían regresado a España. Toda le infancia y juventud de Renato se había desarrollado en el Bronx, pero todos los años pasaba parte del verano en España porque sus padres no querían que olvidara sus orígenes y porque sabían que si se enamoraba de una nativa ya nunca podrían desligarse del sueño americano.

Carlos y Renato habían coincidido en varios campamentos de verano. Renato había estado muchas veces en la casa de

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

Carlos y finalmente ambos se fueron un verano al Bronx para que Carlos conociera Nueva York. Renato era algo mayor que Carlos, prácticamente fue él quien le enseñó cómo conquistar mujeres, seducirlas con galantería e interaccionar con ellas sin necesidad de afecto aunque a Carlos le había costado actuar así porque era un romántico. No podía olvidar que estuvo por primera vez con una mujer en aquella casa parroquial, una joven que le recordaba a Nidia con ese estilo dulce y su mirada nostálgica. Nunca se atrevió a contar este episodio a su amiga, quizás porque no sabía si sería capaz de obviar la parte de ella que le hacía pensar en la joven norteamericana.

Fue un verano inolvidable. Renato mostró a su amigo lo turístico y lo cotidiano, lo étnico, lo particular y lo universal. Nueva York era un cruce de culturas, de lenguas, de razas, nada sobraba, nada faltaba, el conjunto era lo que la hacía no sólo grande sino grandiosa. Renato contaba que era la única ciudad de la Era Moderna que había llegado a tener el carácter cosmopolita que tuvieron Roma o Alejandría en la Era Antigua. “América es el lugar donde los caminos se multiplican y las emociones se diversifican” afirmaba.

Resultaba sencillo creerlo, decía las cosas con tanta convicción que parecían dogmas. Nadie se atrevía a contradecirlo. Ya en plena adolescencia era un líder entre sus amigos. Admi-

rado por los hombres y deseado por las mujeres, se sentía el rey de su entorno. En las discusiones machacaba dialécticamente al contrincante y si llegaban a las manos golpeaba sin piedad.

Carlos intuía que alcanzaría metas muy altas y no se había equivocado. Cuando Renato regresó a España orientó sus pasos hacia la vida empresarial. Su perfecto inglés americano le había abierto todas las puertas y su convicción de que triunfaría fue el mejor impulso para escalar hasta el punto que había alcanzado. Hacía tiempo que no sabía nada de él, pero le habían llegado noticias de su traslado a Galicia para asumir la gerencia de una empresa. Tenía que llamarlo, le haría gracia recibir noticias de su antigua casa.

Nidia iba sentada a su lado pero no se animaba a dirigirle la palabra para no demostrar la alegría que le causaba su presencia. La sedosidad de sus cabellos tan cercanos le hacía erizar los suyos. El autobús atravesó un puente y giró a la derecha. Estaban en el Bronx. “Don Carlos, en esta avenida hay árboles, se ve que los americanos no están tan deshumanizados como creíamos“. Carlos apenas podía contener la risa, la genialidad de Fátima no tenía comparación posible. Nidia se mordía los labios para no soltar una carcajada. Se miraron. Qué extraño era tenerla allí, a su lado y aunque sabía que no podía decirlo, la deseaba. La deseaba como nunca había deseado a nadie, con

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

todos los sentidos y con todo el cuerpo, en cada palabra que decía y en cada roce de su piel. Hubiera dado la vida por saber si ella notaba algo similar, pero era improbable que se lo dijera. Te quiero Nidia, te quiero con todo mi corazón. Tan intenso era su pensamiento que creía haberlo expresado en voz alta. La mirada de Nidia parecía comprender y una paz sobrenatural lo invadió el resto del camino.

Se estaban acercando, Carlos reconocía el lugar y, de repente, el 393 de River Avenue apareció como una visión: ladrillos cara vista en el exterior, ventanas de abertura vertical, algunos árboles en la calle, cuatro escaleras a la entrada y la puerta de madera. Todo estaba tal como Carlos lo recordaba, pero algo más viejo, como una invitación para adentrarse en el pasado. Al fin habían llegado, las señoras se apoyaban del brazo de Carlos para descender del autobús. Nidia bajó por sus propios medios. La voz de Renato en su adolescencia se escuchaba como un eco de otro tiempo. Los recuerdos se asomaban por la ventana. El primer viaje de Carlos lejos de su país hacia un destino incierto le daba la bienvenida otra vez. ¿Cómo olvidar la música a todo volumen y los conciertos improvisados con lámparas de pie como guitarra eléctrica?

La primera planta era la que ocuparían, las demás estaban dedicadas a actividades parroquiales. Los padres de

Renato también habían vivido en esa planta. Las demás estaban divididas en habitaciones para alquilar. Carlos sólo se acordaba de la primera planta: tres cuartos grandes, otro más pequeño, un salón, los aseos y la cocina. Su amigo Manuel le había comentado que ahora había tres piezas dobles y una sencilla que es la que ocupaba él cuando tenía que quedarse a dormir con algún grupo de gente. Carlos podía utilizar la que quisiera aunque Manuel le había recomendado quedarse con la individual para gozar de un momento de tranquilidad. Las señoras, alborotadas por conocer la casona, se acercaron al sacerdote quien involuntariamente se fue alejando del lado de Nidia para invitar a las damas a adentrarse en la casa. La distribución era tal como había dicho Manuel, pero no había ninguna cama adicional porque Nidia se había apuntado a última hora y nadie contaba con ella. Carlos indicó a las “chicas” que se instalaran en las habitaciones dobles y ofreció la suya a Nidia, pero ella, acostumbrada a deambular por el mundo, desplegó su saco de dormir y dijo que pasaría la noche en el sofá del salón.

Aquel lugar no se había limpiado en meses, el polvo se veía por los rincones. Carlos se puso enseguida manos a la obra: localizó cubo, jabón, trapos y dejó la casa impecable. Todas las acompañantes lo miraban extrañadas por su desmesurado afán limpiador. Finalizada la tarea, se duchó y, ya limpio y relajado,

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L. propuso dejar las camas hechas y todo preparado para la noche antes de salir a comer algo.

–Señoras: tenemos casi veinticuatro horas antes de encontrarnos con el Papa en el Estadio de los Yankees ¿Qué les parece si visitamos la Estatua de la Libertad?

–¿La Estatua de la Libertad? Ay no, Don Carlos, eso está muy lejos y ya no estamos para esos trotes, Nidia nos ha dicho que en el Bronx nació el Hip Hop ¿por qué no vamos a un espectáculo de esos?

Atónito, Carlos, fue superando el momento “estoy soñando” y tuvo que rendirse a la evidencia de que sus acompañantes eran mucho más jóvenes que él. Irían a ver Hip Hop.

—**P**or fin llega —pensó Samantha al verlo en su flamante automóvil. Renato se bajó del auto, tomó el pequeño bolso deportivo y lo guardó en el maletero junto al suyo. Samantha miró discretamente a su alrededor, le preocupaba lo que dirían si la vieran viajando con otro hombre. Sentados y algo nerviosos emprendieron camino rumbo al hermoso paraje gallego.

—¿Arrepentida? —con su estilo seductor de siempre.

—¿Debería estarlo? —Samantha responde con un deje de picardía en su mirada.

—¿Juan estaba de acuerdo?

—Juan siempre está de acuerdo —repitió con un tono irónico dejando entrever que poco importaba la opinión de su marido.

No se atrevían a romper el hielo. Samantha mencionó el curso de Excelencia Telefónica, pero inmediatamente recordó a Nidia y prefirió callar.

—Samantha: hay una cosa importante que quiero decirte. No te lo comenté antes por temor a que no vinieras al curso de rafting. Verás... hemos tenido un error informático grande... y se espera una avalancha de llamadas para dentro de unos quince días. No te alarmes, tenemos tiempo por delante, pero quiero que llames cuanto antes a la gente que vendrá al curso. En dos semanas tendrán que estar trabajando y rindiendo.

—¿De cuántas llamadas estamos hablando?

—¿Ocho mil? ¿Diez mil?

Samantha iba cómodamente sentada en el asiento del copiloto, pero la emoción que había sentido al ver llegar a Renato acababa de disiparse.

—Todas las chicas que entrevistamos la semana pasada tienen que incorporarse al curso. Y también esa muchacha que estuvo a prueba ¿cómo se llama?

–Nidia, se llama Nidia.

No podía creer lo que oía. Había pensado que la insistencia de Renato en que fuera al curso denotaba un interés personal por ella, algo que traspasaba los límites de la frontera laboral, pero parecía que se había equivocado. Como por azar había mencionado a esa mosquita muerta.

–Esa chica estaba muy preparada. Debería estar ya trabajando con nosotros ¿No crees?

–Bueno, ya sabes lo que pasa con la gente muy preparada: te molestas en enseñarles el trabajo, pero se lo toman como un pasatiempo y cuando encuentran algo mejor, se van.

–No tiene por qué ser así, si tienen un ambiente agradable quizás se queden.

Renato no percibió la humillación de Samantha. Debería haber notado que se sentía vejada e insultada al ver el interés que él mostraba por alguien que ya antes de entrar en la empresa era un peligro para ella. No le gustaba contratar a gente con más formación. Renato sabía que ella no había podido concluir su licenciatura debido a la muerte prematura de su padre, sin embargo, no dudaba en torturarla apostando

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

por personas que podían ponerla en aprietos. Minuto a minuto Samantha empezó a engordar mentalmente hasta que se sintió como un tonel. Ya no cabía en el coche. El sarpullido asomaba a su cara una vez más. Él jamás la miraría con deseo, tonteaba con ella, pero...

Renato preguntó por Titín, para suavizar el tono de la conversación, bastó que lo mencionara para cambiar sus facciones a la expresión más dulce de una madre. Hablaba con orgullo y devoción de su pequeño: “ya aprendió a dibujar su nombre, es un niño muy inteligente”. Poco a poco los integrantes de la familia salían en la conversación. Así Renato se enteró de detalles íntimos que desconocía y tan sólo sospechaba. “Juan y yo apenas hablamos”. Entre líneas se podía leer mucho mejor.

Luisa, la esposa de Renato, también apareció en la conversación. Desde hacía tiempo sospechaba de esos viajes y comenzaba a poner obstáculos a su marido. Estaba convencida de que entre Samantha y él había algo.

—¿Por qué un curso de Rafting... qué tiene que ver eso contigo? —questionaba molesta su mujer. Nada le parecía más insólito que un curso de esos para una empresa de telecomunicaciones.

–Son las nuevas políticas de la empresa, ¡No te imaginas los negocios que pueden cerrarse a nivel de gerencia después de estas actividades!

–No. No me lo imagino. En realidad lo considero absurdo y poco práctico, además ¿por qué tienen que ir ellas también, sobre todo si no pertenecen a la gerencia? ¡La tal Samantha no tiene nada que hacer en tu grupo!

–Lo sé, pero yo no soy quien extiende las invitaciones.

Quizás alguno de los gerentes pretende perderse en el bote con ella. No me interesa Samantha. Créeme –Renato sonreía para aminorar la molestia de Luisa.

–¡No me hace gracia!

–A mí tampoco, hubiese preferido pasar el fin de semana contigo, pero ya sabes como son estas cosas, el deber se impone.

Luisa no estaba contenta. Su vida del último año no conducía a ninguna parte. Había abandonado su trabajo en Madrid para seguir a Renato y ahora ¿qué tenía? Una casa cerca de la playa y nadie con quien hablar. Renato estaba todo el

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

día fuera, no tenía amistades ni ocupación conocida. Pasaba el tiempo esperando que llegase el fin de semana para marcharse a Madrid.

Renato no alcanzaba a comprender la actitud de Luisa. Por un único fin de semana que tenía ocupado, le había organizado una infidelidad en toda regla y lo peor es que no tenía nada de verídico. ¿Qué pintaba él con Samantha?

Reconocía que, a veces, le decía que venía guapa, pero era más que nada por cumplir y ganarse su fidelidad eterna. Las normas de la empresa moderna exigían decir cosas agradables a los empleados para que se pusieran a favor del jefe. Era el ABC del gerente de hoy. Samantha no le interesaba. Ciertamente era que se había fijado más de una vez en sus tetas, pero eso no era nada excepcional, él siempre miraba las tetas, era una costumbre que había adquirido alrededor de los quince años cuando todavía vivía en Nueva York y más que una obsesión sexual, se había convertido ya en un ranking. Mentalmente iba clasificando a las mujeres que conocía en mejor o peor posición según las características mamarias y el estado de ánimo que él tuviera en ese momento. Nunca le había comentado a Luisa esta costumbre porque ella no estaba en los primeros puestos de la lista y además le hubiera desencadenado unos celos innecesarios.

Renato no alcanzaba a comprender por qué Luisa se la había tomado con Samantha cuando él veía a diario hembras mucho más esplendorosas y que podían estar a su altura. “Las mujeres no saben lo que quieren. Lo haces todo por ellas y nunca están contentas”.

Samantha no lograba disimular su maliciosa alegría al escuchar el relato de su jefe. En el fondo estaba prefiriéndola a ella en lugar de Luisa, eso de alguna forma la alentaba a continuar esta aventura del rafting que prometía experiencias más allá de un curso para principiantes.

—¿Nerviosa? —otra vez con ese tono en la voz que le erizaba la piel.

—Un poco. Todo esto es nuevo para mí —ella no sabía si se refería al curso de rafting, pero quería creer que no.

—Recuerda que yo estaré a tu lado.

—Lo sé. Reconozco que me aterra toda esta novedad. Nunca hice rafting. Me parece peligroso, claro que si la empresa cree que con eso puedes llegar a ser mejor líder, intentaré hacerlo lo mejor posible.

—No se trata de ser líder sino de manejar un grupo y saber trabajar en equipo. ¿Sabes algo sobre el río Deza por el que navegaremos? He estado leyendo algunas cosas y parecen interesantes. Hay zonas protegidas donde crecen el gato montés y el lobo, pero lo que más me ha llamado la atención es la leyenda de “O Corpiño”. La comarca del Deza se encuentra en el corazón de Galicia, justo en el centro. Se cuenta que hace muchos años hubo un ermitaño que habitó el Monte do Carrio y pasaba el tiempo orando a la Madre de Dios. Las gentes del entorno acudían a él para aliviar sus males y buscar consuelo. Llegó un momento en que el ermitaño murió y los lugareños decidieron conservar su cuerpo, que se mantenía incorrupto, en el mismo lugar. Poco después sobrevino la invasión de los moros. Los cristianos trasladaron el cuerpo del anacoreta a una cueva para evitar su profanación. Pasaron los años y ya nadie se acordaba de aquel santo cuerpo sepultado bajo aquellas ruinas. Mucho tiempo más tarde, dos pequeños pastores que cuidaban el ganado en el monte donde hoy está el santuario, se vieron sorprendidos por una gran tormenta con truenos y rayos.

Acudieron a refugiarse a unas ruinas que vieron y, una vez dentro, notaron un resplandor y pudieron distinguir la imagen de la Virgen María con el Niño Jesús en el brazo izquierdo y un ramillete de flores en el brazo derecho. Los niños contaron lo sucedido, pero nadie les creyó hasta que se sucedieron

las apariciones de la Virgen y todos pudieron contemplarla. El resplandor salía de una vieja sepultura que albergaba el cuerpo incorrupto “o corpiño” del santo ermitaño. En aquel mismo lugar, en Losón, se construyó el santuario de Nosa Señora do Corpiño que ha llegado hasta hoy. Dicen que el “corpiño” es el cuerpo de un anacoreta llamado Adrián, pero en realidad, nadie lo sabe. Hoy día sigue habiendo peregrinaciones de personas con embrujamientos, mal de ojo y posesiones diabólicas. Pero no creas que sólo vienen de Galicia, hay excursiones organizadas desde toda España. Es curioso ¿no?

Era fantástico tener una subalterna como Samantha, con ligeras nociones de cualquier cosa la embobaba. Era como un libro en blanco y lucirse delante de ella hinchaba el ego de Renato hasta morir de placer consigo mismo. Al principio de su relación con Luisa también había conseguido sorprenderla y admirarla, pero de eso ya hacía mucho tiempo.

—Sí, no lo sabía. Se lo contaré a mi hijo como si fuera un cuento. ¿Qué tipo de comida crees que nos darán?

Samantha no quería meterse a opinar acerca de leyendas locales que desconocía. Poco o nada le importaban, así que escuchaba y asentía, pero no tenía intención de contradecir a su jefe en algo que no le iba ni le venía. Mientras Renato le

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

contaba estas historias, ella estaba preocupada por la comida porque llevaba veinte días haciendo alimentación disociada y comiendo chocolate con el 70% de cacao, así que no estaba dispuesta a que estropearan sus planes de adelgazar. Sonreía a Renato como si entendiera todo lo que decía. Estaba encantada de escucharlo y de que la hiciera partícipe de sus pensamientos aunque estos no fueran de su interés. “Vaya rollo el anacoreta ése”, pensó, pero siguió mirando a Renato con devoción.

—Un día te invitaré a navegar —añadió Renato— Tengo un yate en la ría aunque poco lo uso porque mi mujer no quiere pasar un fin de semana sin ir a Madrid. Navegar me encanta... es otra de mis pasiones, te dejas llevar en dirección del viento y te sientes libre.

¿Libre? Esa palabra sonaba casi prohibida en los oídos de Samantha. Deseaba más que nunca sentirse así junto a aquél maravilloso hombre que conducía tan seguro a su lado. Por un instante las palabras de Renato se transformaron en imágenes en el vidrio del parabrisas y vio exactamente lo que deseaba: Navegar juntos, dejándose llevar por el mar y sentirse libres.

Cada día al salir del trabajo en las torres de Allianz Richard se iba a la Barceloneta a hacer footing. Era su manera de relajarse. La playa al anochecer tenía un efecto sedante y la liberación de endorfinas provocada por el ejercicio le ayudaban a mantener la calma. No acababa de centrarse ni en el trabajo, ni en casa, ni con Nelson. Cualquier actividad le parecía un trabajo enorme, se sentía sin fuerzas y le costaba levantarse cada día. Afortunadamente ahora ya no realizaba trabajo comercial y su puesto de Director Administrativo le permitía sobrevivir sin estar en contacto permanente con clientes y pólizas de seguros. Si embargo, el tener más tiempo no había mejorado su estado de ánimo. La carga de la responsabilidad lo iba agotando poco a poco y ahora, ya con treinta y tres años, echaba en falta una familia estable y sobre todo sentirse una persona normal y no un bicho raro. Le enternecía la imagen de un padre con su hijo, pero nunca llegaría a ese papel porque sin una madre era más difícil procrear. La posibilidad de una adopción monoparental le había pasado por la cabeza, pero no era sencilla para un hombre. Tener un hijo sin pareja tampoco

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

resultaba la mejor opción y una pareja del mismo sexo parecía complicar todo el proceso.

Richard no recordaba el momento en que se había empezado a interesar por los hombres. En el colegio no había tenido ningún comportamiento fuera de lo normal, salvo que prefería jugar con las niñas porque los juegos de niños eran brutos y él prefería los puzzles, el Uno Spin, el Cluedo, el brilé o el juego de los espías. No soportaba jugar al fútbol como el resto del género masculino de su clase. Esta característica no marcaba una tendencia sexual definida todavía. Más adelante sintió gran afinidad por Salus, el profesor de gimnasia y eso lo hizo destacar como corredor y jugador de baloncesto, pero tampoco identificó esa relación como amor. Con quince años se creía atraído por Mari Carmen, una niña de clase, tan tímida como él, con la que intercambiaba apuntes. Sin embargo, Mari Carmen no le producía atracción física alguna aunque él se esforzaba en dedicarle poemas platónicos en los que la trataba como a una diosa y por mucho tiempo creyó que sería su musa para toda la eternidad. Casi con veinte años tuvo su primera experiencia física con un hombre y desde ese momento fue consciente de que las mujeres no le producían emoción alguna.

Nelson llegaba hoy mismo. Tenía ganas de verlo, pero un fin de semana no era suficiente. Cuando empezaba a acostum-

brarse a su presencia ya era el momento de la despedida. No se adaptaba a vivir así. Los correos diarios y el equipo de radioaficionado no sustituían a los besos y aunque Richard no se consideraba promiscuo, tener sexo cada varios meses le resultaba algo escaso. Podría decirse que eran indigentes sexuales.

La primera vez que Nelson vino a visitarlo lo llevó al Hotel Ars. Tenía ganas de permitirse ese capricho. Tanto footing Barceloneta arriba, Barceloneta abajo con el Ars contemplándolo le había dado la idea. Se le metió en la cabeza que tenía que dormir allí y aunque le costó un dineral creía que había valido la pena. Las vistas del puerto eran tan formidables y las ventanas tan grandes que pasaron allí todo el fin de semana sin salir. Nelson se enfadó un poco porque no le había enseñado Barcelona. “¿vienes a verme a mí o a hacer turismo?” le había dicho, pero sabía que Nelson tenía razón, no podía hacerlo cruzar un océano y después encerrarlo en un hotel. No había escogido bien el alojamiento. Sabía que dentro de las instalaciones no encontrarían a ningún amigo suyo, pero en cuanto pusieran un pie en el exterior cualquier conocido podría verlos. Le costó dar a Nelson una explicación lógica de por qué no quería salir, pero no quedó convencido y tampoco le gustó que no le presentara a su madre. Quizás lo hiciera algún día, pero su madre no era tonta y sabría que nadie cruza el océano para comer una pizza o tomar unos vinos. Nelson lo había presenta-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

do a sus amigos y a sus padres cuando estuvo en Janitzio, pero ellos no eran como su madre ni estaban pendientes de él y de sus movimientos.

El footing de hoy duraría poco. Todavía tenía que pasar por casa y ducharse antes de ir al aeropuerto. No quería que llegara Nelson porque desde ese momento empezaría la cuenta atrás y su continua tortura mental: ¿Qué sacrificaría Nelson por él? ¿Se vendría a vivir a España si se lo pidiera? ¿Abandonaría sus proyectos políticos? Quería preguntárselo, pero no sabía si tendría fuerzas para hacerlo. Ni se planteaba trasladarse él a México porque cuando estuvo allí, pudo ver que la homosexualidad todavía no estaba bien vista. En España tampoco era una maravilla, pero sí algo mejor. Richard estaba seguro de que a la muerte de su madre sería capaz de salir del armario, lo que no sabía era cómo encauzar su vida mientras tanto, habida cuenta de que su madre gozaba de excelente salud y él tampoco tenía ganas de prescindir de ella.

En el aeropuerto Richard esperaba impaciente la llegada de Nelson. Había pensado mucho en la relación de ambos, intentaba proyectarse viviendo juntos, en actividades tan cotidianas como ir de compras al supermercado. La sola idea de encontrarse con algún conocido en esas salidas le aterraba. ¿Qué pensarían de él? Sin duda creerían que era un tipo pervertido

o algo por el estilo. ¿Cómo decirles que era gay? El trato en su trabajo no sería igual. Nada sería igual. Esta situación lo estaba agotando emocionalmente, pero ¿Cómo decirle esto a su madre? Le rompería la ilusión de tener nietos. No podía con esta situación, además Nelson había estado esquivo últimamente, pareciera estar distraído con alguien más. “No quiero ni pensar que haya encontrado a otro...” se repetía constantemente, pero lo pensaba y seguía sufriendo.

“Esta visita será diferente”, pensó. El piso que había comprado en Cerdanyola estaba en una zona bonita y apartada, justo enfrente del Parc del Vallès. Allí podrían pasear o estar en casa sin peligro de que los viera nadie. Richard se sentía en continua contradicción. Deseaba volver a casa sin Nelson, imaginaba que no había subido al avión en México y lo dejaba plantado esperando. Al mismo tiempo quería abrazarlo y volverlo a sentir. Su cabeza daba vueltas en una perpetua contradicción. A pesar del cansancio de los últimos tiempos había conseguido amueblar y acondicionar la vivienda en los cuatro meses que hacía que no se veían. Al principio de la relación, Richard tenía la intención de que se vieran cada dos meses. Cuando fueron al Ars él había pagado el viaje desde México y la estancia en el hotel, pero al final no había sido una buena idea. A Nelson le ofendía que corriera con sus gastos, hacía que se sintiera como un prostituto. No podía herir su orgullo,

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

así que aceptó: se verían cada cuatro meses y cada uno pagaría su propio viaje. ¿De qué le servía tener un buen sueldo si no le dejaban gastarlo? Nelson era muy macho, ni siquiera le permitía hacerle demasiados regalos. “Eso son mariconadas, los hombres no se regalan ¿qué va a pensar mi hermana?” decía. Richard se daba cuenta de que en España Nelson se sentía libre y no le importaba manifestar sus sentimientos hacia él, pero en Janitzio y en Ciudad de México era otra persona y su relación no pasaba de la amistad. Ninguno de los dos salía del armario en su propio país. Richard se preguntaba qué iba a ser de ellos y cómo podían seguir con tantos impedimentos. Además últimamente lo notaba muy distraído, ya no era como al principio. Richard vivía atormentado por los celos. ¿Y si Nelson mantenía otra relación en su país? En su país... o en otro país. Igual que estaba con él podía estar con otro. Con otro o con otra. Quizás la única solución viable para ellos sería emigrar a un lugar intermedio, una isla en medio del océano donde nadie los conociera, donde nadie los juzgara...

El vuelo IB6842 acababa de aterrizar.

Cerca de Ti, Señor, yo quiero estar;  
Tu grande eterno amor, quiero gozar.

Los grandes éxitos de la parroquia de Ólvega sonaban en el 393 de River Avenue. Nidia estaba encantada en aquel entorno surrealista. Aurora y su grupito habían grabado en CD las canciones religiosas que más cantaban y Carlos utilizaba esta banda sonora cuando no disponía de coro para la misa. Un segundo efecto se había conseguido con este CD: familiares, amigos y demás parroquianos lo habían comprado y eso había venido muy bien a las quebradas cuentas parroquiales.

Llena mi pobre ser, limpia mi corazón;  
Hazme tu rostro ver en la aflicción.

“Es fantástico –pensó Nidia– Carlos es capaz de sacar dinero de las piedras”. Y era cierto, nadie hubiera dado un ochavo por aquellas coristas, sin embargo, la paciencia del párroco había obtenido acordes más o menos aceptables de

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

aquellas gargantas y un grupo aproximadamente afinado. Carlos le había comentado que estaba muy contento de haber conseguido dinero sin necesidad de hacer un calendario de parroquianas semidesnudas. Estaba seguro de que sus catequistas se hubieran ofrecido encantadas a posar para salvar las finanzas parroquiales, pero quizás el obispo no lo hubiera considerado oportuno.

A Nidia le había gustado la casa desde el primer momento. La entrada no era demasiado amplia aunque sí suficiente. Un mueble recibidor frente a la puerta y un cuadro de lirios eran la primera impresión. Justo al lado de la puerta un azulejo que decía: “Todo se acaba menos el amor de Dios”. Y en la misma pared, enmarcado, un póster facsímile de Santa Teresa:

Nada te turbe; nada te espante;  
Todo se pasa; Dios no se muda,  
La paciencia todo lo alcanza.  
Quien a Dios tiene, nada le falta.  
Solo Dios basta.

“¿La paciencia todo lo alcanza?” se preguntó Nidia. Entonces, seguro que encontraría un trabajo estupendo y acabaría por aclarar sus turbios sentimientos.

A la derecha del hall estaba el salón donde había instalado sus cosas. Como había llevado lo justo, en cinco minutos tenía todo listo. Carlos se había asombrado de encontrar el mismo mobiliario que recordaba. Las molduras redondeadas de los sillones tapizadas en brocado granate parecían de otro tiempo. Y lo eran. Estaban en otra dimensión como si hubieran viajado en el tiempo. Para llegar a la habitación de Carlos había que atravesar el salón. No había sido premeditado, el salón estaba donde estaba y la habitación también. Cierto era que esta circunstancia había decidido a Nidia a rechazar la oferta de Laura y Fátima para compartir el cuarto. No había sido premeditado, pero desaprovechar las oportunidades que brindaba el destino era de tontos muy tontos. Nidia sabía mucho de esto. Le habían pasado por la puerta tantas oportunidades que no podía dejar pasar ni una más.

Estirar el saco de dormir sobre el sofá no fue una actividad agotadora. Mientras sus compañeros desplegaban mantas y sábanas, Nidia se hacía a la idea de que estaba allí, en Nueva York, con Carlos. Con Carlos y seis más, pero no iba a quejarse, la perfección es improbable. Su chico había dejado las habitaciones inmaculadas y ahora se afanaba en hacer lo propio con las camas. Le gustaba hacerlas meticulosamente, encajando con minuciosidad cada esquina y eliminando cada arruga hasta lograr un acabado hostelero. Hizo las siete camas

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

con primor y finalmente aplastó el saco de dormir hasta que pareció una verdadera cama. Después lustró muebles, desinfectó inodoros y lavó el piso para que las ancianas se sintieran cómodas y tranquilas de darse un baño o meterse debajo de las sábanas como si estuvieran en casa. Todo estaba en orden. Nidia recibió un sms: “Estoy pensando en ti. Nelson”. De repente se sintió como una traidora, no se había acordado más de Nelson desde que atravesaron el océano Atlántico a varios miles de metros de altura.

—¿Algún problema?— preguntó Carlos

—No, saludos de mi madre.

No había remedio, era una infiel mental y siempre acababa metiéndose en líos ¿por qué se enamoraba con tanta frecuencia de tipos raros? Desconocía la hora a la que Nelson había mandado el mensaje, con tanta distancia los mensajes no llegaban instantáneamente. Le contestaría más tarde, ahora tenía que concentrarse en todos aquellos preparativos para dormir y en planificar la excursión que iban a hacer.

Frente al salón estaba la cocina, no muy grande, pero sí acogedora. Mirando desde la puerta de entrada quedaba el salón a la derecha, la cocina a la izquierda y de frente el pasillo

con dos puertas a la izquierda, dos a la derecha y una al fondo. En el lado izquierdo un aseo con una lavadora y a continuación un cuarto de baño grande con una bañera enorme. En el lado derecho dos habitaciones de tamaño considerable y la del fondo de tamaño medio. Todas luminosas, decoradas sencillamente y de forma utilitaria. Las paredes de todo el piso tenían papel pintado en tonos lisos al estilo de los años setenta, cuando ya se habían superado los floreados escandalosos de los sesenta.

La casa era un bullir de catequistas y cura que se desplazaban de una habitación a otra como un perpetuum mobile incapaces de detenerse. Las parroquianas hablaban de todo, incluso algunas tomaban los pañitos de la mesa y observaban los tejidos con atención “son dos cadenetas y un punto entero”. Mientras, Nidia miraba al sacerdote distraídamente.

—¿Te gusta verdad? —dijo con picardía la más anciana dirigiéndose a Nidia.

—¿Quien? —contestó despistada.

—El tejido —Nidia se sintió nerviosa e intimidada, ¿cómo pudo ser tan evidente?

—Sí, es muy bonito —respondió entrecortada.

—¿Ves lo que yo te decía Laura? —dirigiéndose a su amiga con la misma picardía —son dos cadenetas y un punto entero. ¿Sabías Nidia que los tejidos por muy finos y delicados que sean también se pueden desarmar? Sólo hay que tener mucha paciencia y dedicación y sobre todo, lo que vuelvas a tejer con ese hilo debe ser mejor que lo que has deshecho...

—Entiendo —dijo azorada. Sentía las miradas clavadas sobre ella y decidió detener su deambular para hacerse invisible.

Nidia intuía, por simple cálculo de probabilidades, que si se paraba en medio del pasillo, llegaría un momento en el que Carlos tropezaría con ella y así sucedió. Como por encanto, los resortes que lo movían se detuvieron y ambos notaron una corriente eléctrica recorriéndoles el cuerpo. No dio tiempo a más que una mirada y una leve sonrisa porque Fátima informó con premura que no podía abrir su maleta. La adrenalina de Nidia se había desbordado, ya no estaba segura de poder mirar el plano del Bronx y sintió el ruidoso latido de su corazón que a ritmo de tam-tam parecía resonar en todo el piso. Se apoyó en la pared y desplegó el mapa. “¿Os apetece ir al Zoológico? ¿Al New York Botanical Garden, o sea al Jardín Botánico? ¿A...?” “No, déjalo, nos llega con tomar un café y luego ir al espectáculo de Hip Hop”. Iba a ser difícil convencer a una piña de viejecitas atacadas por el jetlag.

Carlos acudió en su ayuda: “Es una pena estar por aquí y no visitar nada.” “En el Jardín Botánico está el Holiday Train Show es una exposición que muestra la ciudad de Nueva York en miniatura, pero hecha con elementos vegetales: ramas, corcho, vainas... ya que no podemos visitar la ciudad, al menos podemos verla en miniatura. Tiene el Puente de Brooklyn, la Estatua de la Libertad, el edificio Chrysler... ¿Qué os parece?” Era inútil resistirse. Las catequistas sabían que si a Nidia se le antojaba algo, Carlos lo llevaría a cabo por encima de sus cabezas ¿por qué esta chica, que ni siquiera era de la parroquia, tenía tanta influencia sobre él? Se resignaron. Visitarían el Jardín, verían el Nueva York enano y por fin buscarían un espectáculo de baile donde les dieran algo de cenar.



—Hace ya media hora que nos hemos desviado y aún no se ve el campamento. Es extraño ¿no?

—Sí, está más lejos de lo que pensaba —dijo Renato lamentándose mentalmente de no haber comprado un gps. Su oposición al gps era proverbial. No lo compraba porque él se orientaba mejor que las brújulas, por tanto, no quería ni oír hablar de él. Se negó a que Luisa se lo regalara y su sola mención lo ofendía. Sin embargo, tenía que reconocer que, en esta ocasión, estaba completamente perdido. En un cruce había tomado un rumbo del que no estaba muy seguro y posiblemente ése había sido el fallo. Le dolía reconocer un error y más delante de una subalterna.

—Quizás es más lejos de lo que pensamos ¿Por qué no llamas al teléfono de contacto para que nos digan cuánto falta?

Samantha llamó con su móvil, pero el teléfono de contacto estaba apagado o fuera de cobertura. Estaba anocheciendo.

–Hay muchos árboles y algo de viento. Probablemente no podamos contactar con ellos –dijo Samantha desplegando el mapa para confirmar la ruta– Es posible que en este cruce hubiera que girar a la izquierda en vez de tomar el ramal de la derecha.

–Ya lo sabía yo, Galicia está plagada de caminos estrechos y mal señalizados.

Renato estaba cabreado, ya no hablaba como hacía rato y estaba en tensión. Samantha había jugado con la posibilidad de que Renato se hubiera perdido adrede para provocar un encuentro íntimo entre ambos, pero esta posibilidad se iba difuminando al ver el ceño fruncido de su jefe. La carretera discurría custodiada por árboles a un lado y otro. Estaban en medio de un bosque y ya era de noche.

–Quizás deberíamos dar la vuelta, este bosque es bastante oscuro.

–No te preocupes, seguiremos quince minutos más y si no los encontramos, daremos la vuelta.

La excursión parecía haber fracasado sin remedio, no tenían forma de contactar con el campamento base y Saman-

tha empezó a pensar que su madre tenía razón y que no debía haber salido de casa.

—¿Tienes miedo? —preguntó Renato.

—¿Debería? —La pregunta de Samantha quedó flotando en el aire, ninguno de los dos tenía una respuesta correcta, la incertidumbre empañaba los cristales. Renato encendió el aire acondicionado. Samantha estaba nerviosa, esto no era lo que ella esperaba, a pesar del susto por estar perdidos en el camino, algo en su interior la emocionaba como a una chiquilla, se mezclaba el miedo con su pasión secreta por ese hombre. Quería disimular ante él, pero no estaba segura de conseguirlo. Seguía dando vueltas a la cabeza ¿Qué pensaría su difunto abuelo si la viera en un coche con un hombre que no era su marido? Su abuelo era un hombre de otra época y no entendería que una mujer fuera a un curso lejos de su familia. A pesar de estas tendencias anticuadas, su abuelo era el único que Samantha consideraba que la había querido. Era el que la llevaba al cine de pequeña cuando su madre, deprimida por la muerte del hermano mayor de Sami, pasaba los días a oscuras en su habitación ignorando que tenía más hijos. La ausencia de la figura materna era el recuerdo más vívido de los primeros años de Samantha. Su padre hacía lo que podía aunque siempre lo recordaba trabajando y sólo su abuelo atendía sus necesi-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

dades infantiles. Pasado el tiempo, su madre fue recuperando las funciones familiares y Samantha, agradecida, se plegó para siempre a su voluntad por temor a perderla de nuevo. Creció en la convicción de que era una niña rica. Ella y sus hermanos vestían los modelos más exclusivos del momento. En su casa, el mobiliario y el vestuario se renovaban a la misma velocidad con la que entraba el dinero. Su madre había superado la depresión haciéndose compradora compulsiva y creyendo que el sueldo de su marido era infinito. Su nivel social fue aumentando, asistía puntualmente a los eventos y fiestas del Casino y se relacionaba con lo mejor de la ciudad. Su marido iba incrementando las horas de trabajo a medida que se multiplicaban los requerimientos de su esposa.

Poco a poco, el padre de Samantha se vio en la necesidad de hacer pequeños desfalcos. Las ansias de su mujer no se satisfacían nunca. Su matrimonio se había convertido en un infierno económico, ya no reconocía a la mujer de la que un día se había enamorado. Samantha y sus hermanos vivían ajenos a los avatares de sus padres acostumbrados como estaban a pedir y recibir sin suplicar demasiado. Sí, notaban que su padre mostraba aspecto taciturno y demacrado, pero nunca le dieron importancia o no quisieron dársela. Eran jóvenes, indolentes, inconscientes, nacidos para triunfar y nacidos para brillar. Aún en esos años de esplendor, la madre de Samantha se lamentaba

de no tener una hija de pasarela e intentaba meterla dentro de modelos imposibles para su talla.

Fue por aquel entonces cuando Samantha comenzó a comer a escondidas y a fumar compulsivamente quizás para acallar la ansiedad que su madre le producía. Un día su padre amaneció muerto. Su corazón no había podido soportar la vida de autómatas que llevaba. Se fue dejando deudas, acreedores y una familia consternada que no daba crédito a su infortunio. La pensión de viudedad que le quedó a su madre no era muy elevada. Samantha tuvo que dejar la Universidad y buscar trabajo para contribuir a los gastos familiares. Vendieron el piso y se trasladaron a la casa que tenía el abuelo en Mugaros, el pueblo del que eran originarios. Los que antes los envidiaban, los miraban ahora con conmiseración y hasta con desdén. No hay nada peor que unos nuevos ricos venidos a menos. Unido a esta humillación apareció el pánico nocturno de la madre. No podía dormir sola por lo que Samantha y su hermana se turnaban para dormir con ella. Los caprichos se acabaron, la vida ya no parecía brillante. Al trasladarse, perdieron contacto con sus amistades de antes, el novio que tenía Sami en la Universidad siguió un tiempo con ella, pero el cariño no era tan profundo como para continuar la relación en la distancia. Empezó a trabajar de secretaria y enseguida se dio cuenta de que alabar al que mandaba era una buena forma de ganar pun-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

tos. Aguantó jefes locos y horarios penosos sin desfallecer. Un tiempo después, Juan apareció en su vida. Era simpático, la hacía reír y se llevaba bien con su madre. Encajaría a la perfección en su familia. Él era de clase media, pero en estas circunstancias ella no podía aspirar a más. Su madre la llevó al endocrino para que saliera guapa en las fotos de la boda. Una vez más, Samantha aceptó someterse a sus dictados. Tenía trabajo estable, pero aún así no perdía la esperanza de mejorar. Enviaba el curriculum a todos los anuncios que veía. Una tarde Dalcia S.A. llamó a su puerta y el destino pareció cambiar de rumbo.

—¡Mira! Parece una casa de turismo rural. Quizás deberíamos parar. Hoy ya no los encontraremos.

Se veía una casa de piedra de buen aspecto. Samantha estaba algo sorprendida con la propuesta.

—Sí quizás sea mejor parar...

Bajaron del coche y traspasaron una verja para entrar en el jardín de la casa. El césped estaba muy cuidado. Entraron en un vestíbulo acogedor donde las paredes eran también de piedra. Un hombre afable se dirigió hacia ellos. Renato le pidió dos habitaciones.

–Lo siento, están todas las plazas ocupadas, sólo disponemos de una habitación de matrimonio.

–De acuerdo, nos la quedamos.

La decisión de Renato dejó a Samantha de una pieza. Se miraron.

–No te preocupes –murmuró en voz baja– Yo dormiré en el sofá. Todas las habitaciones de hotel tienen un sofá.

Subieron por unas escaleras de piedra dejando a un lado un piano antiguo con candelabros y a la derecha un gramófono. Al fondo se dejaba ver un comedor con un reloj de pared en una esquina. “Qué lugar más acogedor” pensó Samantha.

La habitación no era demasiado grande, con ventana de doble hoja, contraventanas de madera y cortinón de damasco en tono blanco roto. El cabezal de la cama se apoyaba en una pared de piedra con apliques de luz a cada lado, el resto de las paredes era de color blanco. En lugar de mesitas de noche había dos camillas cubiertas con tela color crudo y un tapete de algodón con encaje. La colcha de la cama iba en el mismo tono roto y completaban la estancia dos sofás con los apoyabrazos de madera y el mismo tono crudo de los demás elementos.

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

El cuarto de baño, también a juego con el mobiliario tenía un mueble caoba, igual que la cama, donde iba encastrado un lavabo oval con encimera de mármol marfil. La cenefa de la pared era también caoba e iba por encima del alicatado en diagonal también en tono marfileño.

–Creo que me ducharé –dijo Renato.

–De acuerdo, llamaré a casa mientras tanto.

Habló con Juan. “Estoy bien. El curso empieza mañana. ¿Ya cenaste?” Juan había estado toda la tarde con Titín, pero lo había dejado durmiendo en casa de su suegra porque al día siguiente iba a ordenar el trastero. En realidad, Samantha le había buscado esa ocupación para poder dejar a Titín con su madre. “Yo también te quiero. Hasta mañana.”. Renato salió de la ducha.

–Ahora me toca a mí –dijo Samantha y se metió en el cuarto de baño.

–¿Luisa? Hola cariño ¿Estás bien? Sí, ya estamos aquí. Mañana empezaremos... Bueno, esto es un poco agreste... creo que no te gustaría. No te preocupes, un fin de semana pasa enseguida. Te quiero.

Cuando Samantha salió de la ducha, Renato estaba tomándole las medidas al sofá, pero no acababa de encajar en él. Sami se detuvo a sus espaldas observándolo y no pudo evitar sonreír. Empezaba a encontrar la parte divertida de todo aquello.

—Jefe, si me subes el sueldo te presto la mitad de la cama.  
¿Te parece que bajemos a cenar?



—Creí que nunca iba a llegar este momento, sin embargo, estoy triste, mañana te marchas otra vez. —Richard notaba que su cuerpo pesaba toneladas, le costaba moverse, el dolor le pesaba demasiado.

—Tenemos mucho tiempo por delante —dijo Nelson con ternura— No te voy a dejar hasta que te hartes de mí.

Se abrazaron. Iban en taxi hasta Cerdanyola. Richard no había traído el coche porque la medicación no le permitía conducir. Creyó que la infinita pesadez de su cuerpo no lo dejaría llegar al aeropuerto, pero encontró las fuerzas y fue. Una vez allí, creyó que la presencia de Nelson lo devolvería al estado de felicidad de otros tiempos. No fue así. Al verlo recordó con más intensidad el tiempo de ausencia, el espacio que tiene que rellenar con palabras, con correos, acariciando un equipo de radioaficionado. “El poder cautivador de la palabra” rememoró, ese verso le andaba últimamente en la cabeza. No conocía a la poetisa, pero estaba seguro de que lo había escrito para él. El

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

mundo de Richard estaba lleno de palabras. Escribía sus propias historias, viajaba por universos paralelos y gracias a ellos, su mente no había caído en picado todavía.

–Me gustaría que te quedaras aquí para siempre.

Nelson calla. Van abrazados en el taxi. El taxista los mira por el espejo retrovisor con cara de reprobación. Nelson comienza a sentirse incómodo.

Las palabras que rodeaban a Richard eran de diversa índole: los informes de trabajo ya no contaban. Las oposiciones para los cuerpos del Estado que preparaba al volver a casa eran palabras frías y asépticas que había abandonado temporalmente a causa de la depresión. Las palabras que tejía día a día en escritos diversos y que alguna vez esperaba publicar. Ésas eran las más importantes, las que brotaban de su corazón y lo hacían sangrar. También tenía un blog que actualizaba cada dos o tres días. Para completar, a diario escribía correos a Nelson y a sus amigos. Su vida estaba repleta de palabras. De palabras y silencios. En este momento sólo siente silencio. Quiere decirle a Nelson que se quede con él, que lo necesita, que desea que se casen. El bullir de sus palabras en el cerebro no llega a la boca, no llega a la boca, no llega a la boca...

El taxista les cobró un buen pico, pero no importaba ¿para qué se quiere el dinero? Richard vivía en un piso alto con mucha luz. Le gustaban las revistas de decoración, así que había instalado todo a la última moda. El salón estaba decorado en blanco y negro en su totalidad. Sofás blancos, alfombra negra de pelo, mueble negro. A Nelson le gustaba una estética más colorista, pero no se metía en estas cosas. La cocina parecía industrial, todos los electrodomésticos estaban acabados en acero inoxidable. “No es fea, sólo fría” pensaba Nelson. En el salón había una mesa redonda de cristal puesta para la cena con dos candelabros: uno blanco y otro negro. La vajilla era de platos cuadrados. Dejaron las bolsas y se instalaron en el sofá de tres plazas.

—¿Conoceré a tu madre esta vez? —preguntó Nelson.

Richard meditaba. Su madre no era un monstruo. Era reservada como él, no se metía en su vida como la madre de Nelson, pero tampoco lo dejaba vivirla en paz. La libertad de Richard se acabó el día en que murió su padre. Nunca más consiguió independizarse de su madre. A ella no le gustaba salir con amigos y apenas conservaba las de su juventud. Tampoco le apetecía salir con los matrimonios que conocía porque se sentía impar. Desde que se jubiló casi no salía de casa. Iba a la compra, al kiosco a comprar la prensa y, a veces, a la merce-

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

ría a comprar botones o cremalleras. Su vida social se reducía a lo que hablaba con las vecinas en el ascensor o en el portal y lo que le contaban las vendedoras en el mercado. También eran imprescindibles el periódico y los informativos de la tele, además de los programas del corazón, los de cotilleos y el fútbol. Bueno, el fútbol y el tenis aunque también la agradaban los documentales. En definitiva, la madre de Richard era tele adicta y lo peor era que se empeñaba en contarle todo, absolutamente todo lo que veía. Richard se había acostumbrado a escuchar las noticias a través de la visión particular de su madre. “Hijo, no sabes la crisis que se avecina. Dicen que hasta va a haber carestía de alimentos, así que lo mejor es que tengamos un poco de todo en la despensa porque nunca se sabe”. Con esta disculpa se llevaba a Richard al hipermercado y lo traía cargado con todo tipo de alimentos no perecederos.

—No me vas a presentar a tu madre ¿verdad?

—¿Para qué quieres conocerla?

—Para que le digas que tienes un amigo que ha venido a verte, que es una persona importante para ti...

—Tú sabes que yo desearía casarme contigo, pero no te lo pediré mientras mi madre esté viva.

Nelson respiró aliviado aunque procuró que no se le notara. La madre de Richard gozaba de excelente salud, así que disponía de tiempo. Quizás fuera un buen momento para plantearle que, a veces, es mejor una buena amistad que un amor frustrante.

–Eres lo que más quiero en el mundo –dijo Richard.

Nelson iba a decir “yo también te quiero” o algo parecido cuando sonó un sms en su teléfono celular. Sonrió y se disculpó: “Seguro que es alguien del partido para saber si llegué bien”. Miró la pantalla discretamente. “Yo también pienso en ti. Nidia”. Ya no había cabida para su arenga sobre la amistad. La cena estaba transcurriendo plácidamente, no era el momento de agobiar a Richard con intenciones de futuro. Eliminó el mensaje. “Es un compañero que se llama Nelson, como yo. Le contestaré luego”. Lo dijo pausadamente, sin alterar el tono de voz, sin embargo, la mirada de Richard le estaba diciendo que no le había creído.



—**N**os vamos —dijo Paula— Qué rápido pasó todo. A pesar del cansancio acumulado, había valido la pena. Tenían que hacer el recorrido de vuelta atravesando Manhattan hasta Nueva Jersey. Al menos así verían algo de la Gran Manzana, pero no se quejaban: habían visto un Nueva York diminuto hecho con ramas, hojas y frutos que las había dejado admiradas, habían bailado Hip Hop como posesas y habían comido hamburguesas hasta triplicar los niveles de colesterol.

—Don Carlos es una pena que no se animara a bailar, nos hubiera gustado verlo.

Habían estado en la sala de baile hasta bastante tarde y apenas habían dormido porque el domingo por la mañana ya estaban otra vez dando vueltas por el Bronx. La misa del Papa era por la tarde y en cuanto comieron, se fueron acercando al estadio para encontrar un sitio adecuado. Carlos estaba pensativo, recogía cosas aquí y allá, pero estaba como absorto.

—¿Le ocurre algo Don Carlos?

—No, nada. No os olvidéis nada a no ser que queráis donarlo a los pobres del Bronx.

Nidia estaba en el jardín. Su exigua maleta estaba ya hecha y deambulaba entre los árboles, sola.

—Qué raro, parece como si Don Carlos hubiera perdido la energía —observó Emilia— Por no hablar de la niña. Parece autista.

Las ancianas habían notado un cambio de actitud en Carlos y Nidia desde que amanecieron el domingo.

—¿Se habrán enfadado? —preguntó Laura.

—Don Carlos dijo que las cosas no son siempre como parecen. Y lo dijo sin venir a cuento. A este chico le pasa algo.

—Puede que tenga catarro —intervino Aurora— Ayer hizo mucho frío.

Carlos no estaba resfriado, sólo confuso. A veces, en la vida ocurren cosas que se están buscando, pero con las que

no se cuenta. ¿Por qué había invitado a Nidia a aquel viaje? ¿Qué sentido tenía si él siempre había controlado y evitado cualquier tentación exterior? Cuando le asaltaban pensamientos carnales hacía deporte hasta que los músculos no daban más de sí. Sabía que era muy fácil plegarse a los antojos de la testosterona, pero también conocía la manera de doblegarla. Así llevaba años sin que nadie pudiera hallar falta alguna en su comportamiento, hasta que un día, una muchacha menuda con aspecto de “pasaba por aquí” se cruzó en su camino. Era Nidia. Su instinto le dijo que algo iba a cambiar en su vida. Dobló la dosis de gimnasia y de footing hasta martirizar a Solrac, su perro, que lo acompañaba en las misiones de matar el cuerpo. Solrac era su alter ego, su animal de poder, por eso le había puesto su nombre al revés. Lamentaba no poder llevarlo a América, pero las condiciones del viaje no eran las mejores para su bóxer color canela. Solrac se quedó con sus padres. Aunque no eran amantes de los animales, aceptaban de buen grado a este perro porque era educado y simpático y porque Carlos era su ojito derecho. A pesar de la educación estricta que habían elegido para sus hijos, el pequeño, Carlos, les había robado el corazón desde el día en que nació y siempre se plegaron a sus deseos porque tenía un encanto natural que lo hacía diferente. Como tampoco había dado problemas con los estudios y había convertido los sobresalientes en una costumbre, nunca tuvieron poder moral para negarle nada. Su madre

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

hubiera deseado que estudiara empresariales porque le parecía una carrera de porvenir, pero Carlos empezó a coquetear con la idea de ser misionero en África que, posiblemente le viniera de la educación religiosa que había recibido. “No teníamos que haberlo mandado a un colegio religioso. Siempre buscan las vocaciones entre los alumnos” se lamentaba su madre. “La vocación es un don” respondía el padre que no veía con malos ojos el camino elegido por su hijo. Finalmente, la madre había conseguido que cambiara su inicial inclinación a las misiones por la carrera de cura seglar.

Cuando volvieron a la casa el domingo de madrugada, las chicas se fueron enseguida a la cama. El baile las había dejado agotadas y todavía no habían ido a la celebración con el Papa. Se quedaron como un tronco en cuestión de minutos. No así Carlos ni Nidia que habían estado plácidamente sentados viendo el espectáculo.

Carlos se fue a su habitación atravesando el salón. Nidia todavía no se había acostado.

—Buenas noches. ¿Estás cansada?

—No, soy bastante noctámbula. Aguanto bien.

Se sonrieron. No parecían tener prisa por acabar la conversación.

—¿Quieres ver las fotos de la cámara? Las tengo en la habitación.

Entraron en la habitación. Cerraron la puerta. Ninguno de los dos saldría de allí hasta la mañana.

Para Carlos no había sido un noche más. Para Nidia tampoco. Ninguno de los dos sabía si ese encuentro cambiaría el destino de ambos. Por la mañana tenían la sensación de estar flotando, pero intentaron por todos los medios que nadie lo notara. Carlos pensaba que nunca contaría lo que ocurrió aquella noche porque formaba parte de su yo más íntimo y a nadie interesaba. Si era pecado, se lo llevaría a la tumba o lo contaría en secreto de confesión justo antes de morir.

Los periódicos llamaban el “sermón del montículo”, a la Homilía que el Papa pronunciaría en el Yankee Stadium. Este término ya había aparecido en la visita de Pablo VI en 1965 y más tarde en la de Juan Pablo II. Tal denominación se debía a que el altar papal estaba cerca del lugar donde el pitcher tira la pelota. En un país donde el béisbol es deporte nacional, había que encontrar una relación entre éste y el Papa. Era un poco

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

extraño que el altar estuviera orientado hacia la punta del diamante, así llamaban al campo por su forma, y no hacia la parte ancha, pero como en los partidos de béisbol ocurría lo mismo, seguramente era algo que los americanos ya tenían interiorizado y sólo se hacía extraño para los europeos, ajenos a este deporte. Delante del altar situado en la zona del lanzador había un hexágono gigante con el perímetro amarillo. En el centro se veía el escudo papal y de él salían cintas amarillas y blancas suspendidas en el aire que iban hasta el borde del polígono. Todo estaba perfectamente milimetrado, la entrada y salida de obispos y curas, el paseo del papamóvil alrededor del estadio. Visto desde el cielo tenía que ser un espectáculo magnífico. En la parte de atrás del escenario había una pantalla gigante para la gente que estaba en la parte ancha del diamante.

Carlos se las había arreglado para que las chicas tuvieran un buen sitio a ras de campo en el estadio muy cerca de dónde pasaría el papamóvil, pero no había contado con que sus muchachas eran de difícil conformar y empezaron a quejarse de que sus huesos, encogidos por la edad, no alcanzarían a ver ni la sombra de Benedicto entre aquella selva de brazos con pañuelos blancos y amarillos. Haciendo caso omiso de las recomendaciones de Carlos para que se estuvieran quietecitas, fueron avanzando codazo a codazo hasta llegar a la primera fila. “Niña, no te quedes atrás” Aurora se encargó de agarrar

a Nidia que sentía vergüenza ajena ante el comportamiento de sus amigas. Miraba a Carlos para que la socorriera, pero él ya se había dado por vencido y lo único que podía hacer era ayudarlas a alcanzar los primeros puestos.

—¿No crees que deberías poner orden entre tus feligresas? Nos van a echar —le recriminaba Nidia en voz baja.

—No se lo tengas en cuenta, son pecados de juventud —le decía Carlos conciliador.

Su Santidad llegó en el coche blanco rodeado de un ejército de guardaespaldas y paseó alrededor del estadio entre las aclamaciones de una masa enfervorizada. Suele ocurrir en estos eventos que la excitación de cada uno se transmite al de al lado y acaban todos gritando y agitando pañuelos como si les fuera la vida en ello. Hasta Nidia, que veía aquello como un espectáculo, estaba sintiendo una cierta emoción y agitaba el pañuelo blanco que le habían dado como si la moviera un descomunal fervor por el Papa y fuera su más cercana seguidora. Carlos y ella se miraban de vez en cuando y comprobaban que estaban allí y no eran entes de ficción.

Vieron a Benedicto a pocos metros y se alegraron de observarlo en directo y no a través de la pantalla gigante. Grita-

ron contagiadas por la emoción colectiva y acabaron afónicas. Carlos mantenía la calma. Cincuenta y siete mil personas en una misma celebración era algo grandioso. A la salida estaban todos agotados aunque contentos de haberse atrevido con esta aventura a pesar de los malos augurios. Se fueron a la casa para recoger todo y reposar un poco antes de volver a España.

Por primera vez en su vida, Nidia no tenía ganas de finalizar una relación en el mismo momento en que acababa de comenzar. Por primera vez sentía deseos de permanecer con alguien y no salir huyendo. Pero también por primera vez sabía que el porvenir no dependía de ella. Ahora volvería a casa. Estaría pendiente del teléfono a ver sin Samantha decidía llamarla y la vida seguiría su curso...

Recorrieron en autobús la ruta inversa que habían hecho al llegar. Previamente se despidieron de la casa de Renato al que ya miraban con cariño. Atravesaron varios puentes. Tomaron el Air Train. Llegaron otra vez a la Terminal C de Newark. Subieron al avión sin apenas retraso. Ya casi no hablaban, no tenían voz. Carlos se sentó con Nidia. El avión despegó. Las chicas se durmieron. Nidia y Carlos viajaban al futuro.

Samantha entreabrió los ojos. El sonido de una ducha la despertó. Vio un techo blanco o casi blanco. “¿Dónde estoy?”. Miró a la izquierda y vio el sitio vacío. Renato. Estaba con Renato. Él se estaba duchando y ella estaba en la cama. Desnuda. ¡Desnuda!. No recordaba la última vez que había dormido desnuda. Usaba siempre un sujetador viejo para dormir a fin de evitar que se le deformara el pecho. Usaba también negligés de gasa, no por sensuales sino porque sufría continuos ataques de calor. Alguna persona de la empresa le había sugerido que podía tener problemas de tiroides, pero ella sabía que su temperatura era la correcta, eran sus subalternas las que eran frioleras. Le extrañaba que todas fueran tan frioleras, pero lo consideraba una coincidencia. Continuamente le pedían que apagara el aire acondicionado y no acababa de comprender por qué.

Nunca había consentido que su marido le quitara los camisones de gasa. No era por decencia ni recato, ya que, sus picardías eran casi transparentes, pero mantenía la creencia de que a través de la tela no se veían nítidamente sus formas y así

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L. se sentía menos acomplejada. De todas formas, para esta ocasión había elegido un modelo de algodón muy discreto.

La ducha se cerró. Tras un tiempo para el secado, Samantha se dio cuenta de que Renato saldría del cuarto de baño. Cerró los ojos. Se hizo la dormida. “Qué vergüenza” pensó “¿Cómo podía estar desnuda delante de su jefe? ¿Qué diría su madre si lo supiera?”. Se tranquilizó pensando que la sábana la tapaba. Renato salió completamente vestido del cuarto de baño e intentando tener los pies de nube para no hacer ruido. Apenas se le notaba. La habitación estaba en semipenumbra.

Renato se puso la cazadora y salió hacia el pasillo. Por un momento Samantha deseó que se quedara para comprobar para comprobar si lo que había ocurrido a oscuras había sido real o sólo un sueño. Habían ido a cenar. El comedor era acogedor y se sentaron justo al lado del reloj de péndulo, un reloj de madera en color verde seco que hacía el rincón muy agradable. Renato dijo que aquella cena corría por cuenta de la empresa, así que no podían excederse pidiendo, pero los platos del día eran tan buenos que no necesitaban pedir más. A la comida se le añadió el vino, primero blanco y después tinto, el café, los chupitos de licor, la conversación. A medida que la cena avanzaba, la lengua se iba desatando, los dos se sentían más locuaces. Se rozaron las manos casualmente varias veces. Sa-

mantha notaba la piel de gallina. El hombre de su vida cenaba junto a ella y estaban casi ebrios. Cuando salieron del comedor ya no quedaba nadie cenando. Subieron las escaleras despacio hablando de temas que no se correspondían con el momento.

–Una vez leí un libro –dijo Samantha. Renato quedó expectante ante tal afirmación, supuso que habría una continuación, pero no.

–¿En serio? –respondió– ¿Un libro entero?

Samantha se envalentonó al ver que su jefe apreciaba su hazaña.

–Sí, bueno, casi entero. Se llamaba “Los Pilares de la Tierra”. Iba de unos que construían una catedral.

–¿Y en qué momento dejaste de leer?

–No sé, creo que cuando iban por los cimientos.

Llegaron a la habitación. La puerta se abrió y vieron la cama, las mesillas, el sillón...

–Yo iré primero al cuarto de baño –dijo Renato.

Controlaban los tiempos milimétricamente a pesar de la embriaguez. Mientras Renato estaba en el aseo, Samantha tomó el neceser, el camisón y la bata. Encendió la televisión durante la espera, zapeó un instante y se quedó en un programa de cotilleos. En sólo unos minutos, Renato salió enfundado en un batín de cachemira azul marino y un pijama de seda en el mismo tono. A Samantha le pareció una escena de película aunque nada dijo por temor a parecer cursi. Asió sus cosas y se encerró en el cuarto de baño que olía todavía al perfume de Renato. Los cristales estaban empañados por el vapor de la ducha. Estaba compartiendo algo tan personal como un aseo con un hombre casado que no era su marido. Tal sensación de morbo le despertó la libido. Se duchó rápido, se arregló, se perfumó y salió a la habitación esperando encontrar un hombre ansioso, pero Renato estaba tumbado en la cama por el lado izquierdo con el batín puesto y por encima de la colcha. Parecía que dormía o intentaba dormir. Samantha se introdujo en la cama por el lado derecho, se metió bajo las sábanas y apagó la luz.

Todo lo que ocurrió en medio de la noche, sucedió a oscuras y en silencio. Quizás por calor Renato se había quitado el batín y se había introducido dentro de la cama. Quizás por efecto del sueño se habían ido acercando. Quizás por casualidad empezaron a palpase bajo las sábanas. Quizás por azar se quitaron la ropa: él su pijama y ella su camisón y su sujetador

viejo. Quizás por ensueño se recorrieron hasta el último centímetro de piel con los dedos y la lengua. Quizás por alucinación se fusionaron en un solo cuerpo sin que la noche les dejara determinar si aquello era espiritual o instintivo. Quizás se podía ver pasión en aquel reclamo de hormonas ardientes que flotaba en el aire o simple animalidad. Quizás sólo el ser humano se puede pasear por el límite de lo irracional y después volver a las buenas costumbres adquiridas por educación. Quizás jadearon y gritaron sin decir ni una palabra. Quizás las uñas de Samantha se clavaron en la espalda de Renato y él mordió sus pechos, su cuello y sus brazos. Quizás llegaron al clímax en el que el animal parece herido de muerte y después cayeron abatidos uno sobre otro. Quizás agotados, exhaustos, permanecieron abrazados unos instantes, el tiempo justo para recuperar el aliento y la cordura. Y quizás después cada uno volvió a su lado de la cama y siguieron durmiendo.

Cuando ya de mañana Renato salió de la habitación con pies de nube, Samantha se puso la bata apresuradamente, tomó su ropa y se fue al cuarto de baño. Se duchó, se arregló y recogió sus cosas. Decidió que era el momento de ir a desayunar, pero le costaba porque sabía que se encontraría con Renato. Sucedería tarde o temprano, así que bajó. Él estaba en el comedor.

—Buenos días —dijo Samantha.

–Buenos días. ¿Has dormido bien?

La voz neutra del jefe le indicó que la noche no había sido real.

–Sí, he dormido muy bien.

Pidió café y tostadas. Y mantequilla. Y galletas. Y mermelada. Y queso fresco. Y tortitas con miel.

Renato fumaba mirando por la ventana. Se preguntaba qué dirían sus amigos si supieran de su aventura. Sin embargo, lo que opinaran sus amigos era una nimiedad si pensaba en lo que dirían sus enemigos. Nadie podría entender algo que ni él mismo comprendía. No habían pasado ni seis horas y ya sabía que se arrepentiría toda la vida. No acertaba a adivinar si Samantha sería capaz de guardar el secreto. Todo el mundo en la empresa afirmaba que una noticia confidencial en sus manos era un polvorín y hasta él había gozado de información privilegiada gracias a las filtraciones de su subordinada. Y ahora Renato, él mismo y sin ayuda de nadie, había caído en la trampa.

Samantha no podía parar de comer. Renato ni la miraba, como si no existiera y eso le daba tanta hambre que se sentía

capaz de ingerir toneladas de alimentos. “¿De verdad crees que me vas a ignorar después de lo que pasó?” pensó.

—Hay que darse prisa, tenemos que encontrar el campamento. He mirado el mapa y creo que ya sé el camino. Puede que aún lleguemos al descenso del río.

—Ya tengo todo preparado, saldremos en cuanto digas —respondió Samantha. Hubiera dado la vida por continuar una relación como aquella, pero era una mujer práctica. Si se empeñaba en llevar adelante una aventura sin futuro podía quedarse sin amante y sin trabajo. Tal perspectiva la disuadió de su idea de mantener aquel amor. Pasaría por alto aquella noche. Juan no sabría nada. No necesitaba saber algo que no había ocurrido en el mundo real. Empezó a hablar de su madre, de Titín, de la casa que estaba a punto de comprarse, pero que aún no le habían entregado... Renato percibió que había recuperado a su empleada. Se levantaron de la mesa, fueron a recoger las maletas en la habitación entre charlas triviales, estaban relajados, todo iría bien. Se montaron en el coche y retomaron el camino del campamento. Samantha y Renato estaban viajando hacia el olvido.



Nelson y Renato pasaron casi toda la noche mirando las estrellas desde la ventana del salón. Sentados en el sofá blanco y cogidos de la mano sellaron un pacto de amistad eterna. Richard sabía que nunca serían pareja. Nelson sabía que nunca podría decirle a Richard que no serían pareja.

Ninguno de los dos quería expresar lo que pensaba, pero ambos intuían lo que pasaba por la cabeza del otro. “Quizás el amor tiene fecha de caducidad” rumiaba Richard. Nelson recordó a su hermano Felipe. Cada vez que algo cambiaba le venía a la cabeza su hermano. Hacía ya tres años que había emigrado como ilegal a Estados Unidos y no supieron más de él. Nelson y sus hermanos temían lo peor, estaban seguros de que no había sobrevivido, pero esto no se podía mencionar delante de su madre. Jamás aceptaría que a Felipe pudieran matarlo al atravesar la frontera. “Seguro que está trabajando mucho y por eso no puede llamar ni escribir” decía si le preguntaban. Todos se miraban al oírle estas cosas. Su padre callaba.

Omar, el hermano mayor, se había quedado trabajando en la empresa familiar con sus padres, pero Nelson, Felipe y Estrella, la pequeña, siempre fueron más inconformistas y pronto Janitzio se les hizo pequeño. Nelson hubiera deseado poder ser feliz en aquella isla de ensueño donde los turistas venían a relajarse, pero cuando ellos disfrutaban, sus padres tenían más trabajo y, por extensión, todos los hermanos que también ayudaban en el negocio pescando, cocinando, poniendo mesas o fregando. Así vivió Nelson hasta la adolescencia, colaborando en casa y asistiendo a clase a la escuela del gobierno. Soñaba con que algún día iría a restaurantes y estaría sentado a la mesa en lugar de servirla.

Soñaba también que viajaría y conocería otros países, que se asombraría con sus costumbres y con sus alimentos igual que los turistas que veía se quedaban perplejos con las bellezas del Lago de Pátzcuaro. Cuando a los quince años se trasladó a Morelia, la capital de su Estado, para los estudios preparatorios de la Universidad, no sólo se sintió libre sino que empezó a respirar otros aires, conocer otras gentes y ver otro mundo. Pronto supo que en la política estaría su camino y aunque estudió para Administrador de Empresas, desde el primer año de Universidad se afilió al P.A.N. partido en el que había entrado como militante de base y en el que había ido ascendiendo peldaños poco a poco gracias al entusiasmo y

tesón que siempre le caracterizaron. Los que le conocían confiaban en él porque lo consideraban honesto y sincero aunque eran pocos los que deseaban trabajar a sus órdenes por ser demasiado intransigente. Amaba la perfección y no le gustaban las chapuzas.

Nelson anhelaba decirle muchas cosas a Richard. Anhelaba decirle que lo quería como a un gran amigo y que confiaba en él, pero una muchacha, llamada Nidia, le escribía desde hacía algún tiempo y eso había despertado sus dudas. Anhelaba decirle también que esta chavalita le había hecho dudar de su homosexualidad porque cuando ella le hablaba sentía deseos de tenerla, de abrazarla, y de más cosas que jamás podría confesarle a Richard porque no le perdonaría que lo engañara con una mujer. Si la pareja era infiel con alguien del mismo sexo que el engañado, éste podía pensar que otra persona le había dado más de lo que él le daba, pero si se iba con alguien de otro sexo era que no sólo estaba buscando algo más, sino algo completamente distinto, algo con lo que no se podía competir. Nelson comprendía el razonamiento de Richard y eso le impedía una y otra vez hablarle de Nidia.

Estaba un poco arrepentido de no haberse ido a conocerla a Nueva York. La realidad era que lo que había venido a decirle a Richard no se lo iba a decir y simplemente pasarían

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L.

la noche mirando los astros. Si Omar o alguno de sus amigos lo pudieran mirar por una rendija le aplicarían una terapia de electroshock por haber perdido el Norte. Afortunadamente, esta historia estaba discurriendo a miles de kilómetros de su casa y era improbable que alguno de sus conocidos llegara a enterarse. Además, con la política de Richard de encerrarlo en un piso o en una habitación de hotel, la posibilidad de coincidir con algún amigo, familiar o vecino resultaba remota.

Le agradecía a su amante la prudencia, pero él amaba también un cierto toque de peligro, una pizca de vértigo, algo que lo hiciera sentir al borde del precipicio. Con Richard eso no ocurriría nunca, era previsible en todos sus actos, en sus maneras, en sus respuestas. Nelson hubiera preferido dejar la puerta abierta a la emoción sin que el tedio fuera invadiendo todo poco a poco. ¿Cómo decirle que le resultaba aburrido?

La noche pasaba lentamente. Richard no quería ir a dormir, pero a Nelson empezaban a caerle los ojos.

—Será por el jetlag ¿quieres que te prepare un café?

—No, me llega con dormir un poco.

—¿No eres capaz de pasar una noche en vela por mí?

–Venga ese café entonces –Richard empezaba a resultar cargante. Nelson empezó a recordar la Noche de los Muertos de Pátzcuaro cuando las familias iban a los cementerios a honrar a sus muertos y llevaban alimentos para pasar la noche y dejarlos a sus familiares fallecidos. Siempre se le habían hecho muy largas esas noches de difuntos. Ahora rememorándolo, se preguntaba si Richard y él no estarían velando algún cadáver.

Se tumbó en el sofá y apoyó la cabeza en las piernas de Richard que empezó a acariciarle el cabello.

–¿Te gustaría estar con otro? –le preguntó. La pregunta pilló a Nelson por sorpresa.

–No –respondió. ¿Por qué no le dijo “con otro no, pero con otra sí”? “¿Y ahora qué?” pensó. Ya había pasado la oportunidad y no había dicho nada. Lo mejor sería que durmiera para aclarar las ideas. Se quedó traspuesto aunque no sabría decir por cuánto tiempo. Cuando despertó, vio a Richard que seguía mirándolo embelesado.

–Creo que deberías dormir algo –le dijo.

–No, pasarán meses antes de que volvamos a vernos –respondió Richard tercamente.

© TSEdi, Teleservicios Editoriales, S.L. –Si sigues sin dormir, acabarás viéndome con arañas en la cara.

–No me importa. Prefiero verte con arañas que no verte.

–Eres un majadero. Yo me voy a tumbar en la cama, tú haz lo que quieras.

–No me quieres ¿verdad? ¿Por qué no me lo dices de una vez?

–¡No tengo nada que decir, sólo ha manifestado que tengo sueño! –Nelson había alzado un poco la voz.

–Está bien, perdona. Nos iremos a la cama. Creo que he faltado a los principios básicos de la hospitalidad.

–Déjalo, no pasa nada, el cansancio me pone irascible.

Nelson durmió como un tronco. Richard lo hizo con remordimiento porque sabía que el sueño le robaría la imagen de su amado. Sin embargo, prefirió dormir porque notaba a Nelson esquivo, como si le ocultara algo.

Las pocas horas de sueño apenas repararon el cansancio de Nelson y pasó el día siguiente luchando contra su tenden-

cia a dormir en cualquier esquina. Para no discutir, aceptaba todas las propuestas de Richard, pero esa actitud no era la más característica de su carácter, así que finalmente acabaron discutiendo porque no estaba resultando demasiado participativo. Estaba claro que no era su día.

Ya casi de noche, regresaron al aeropuerto. Habían recogido la bolsa de Nelson en casa y fueron en taxi hasta el Prat. La conversación no era fluida, había una cierta tensión que no habían podido desterrar, pero ya era igual. Esperaron en la cafetería hasta que indicaron por megafonía que los viajeros debían dirigirse a la puerta de embarque. Se despidieron con un abrazo amistoso, sin besos, como dos amigos. Richard estaba destrozado, Nelson algo confuso. Se preguntaba si había ocurrido algo irreparable, si era su último viaje a España en calidad de amante de Richard. No encontraba respuesta todavía. Tenía toda la vida por delante. Mañana pensaría con más claridad. El avión despegó. Nelson y Richard viajaban hacia el olvido.



# ÍNDICE

Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	13
Capítulo 3.....	19
Capítulo 4.....	25
Capítulo 5.....	33
Capítulo 6.....	43
Capítulo 7.....	49
Capítulo 8.....	57
Capítulo 9.....	67
Capítulo 10.....	73
Capítulo 11.....	81
Capítulo 12.....	89